

EL VERANEIO EN EL NORTE

Por LUIS CARANDELL. Fotos: MARTINEZ PARRA

DE Tarragona a La Coruña, pasando por las playas del Norte, hay un largo camino a través de la gran variedad de paisajes y culturas que caracterizan la delicada convivencia española. Este era, sin embargo, mi viaje, pues me proponía dar una imagen, siquiera fugaz, del veraneo norteño, ese veraneo de llevar chaqueta y tener el paraguas preparado, veraneo cantábrico, durante el cual se contemplan las regatas desde la playa, se juega a dejarse arrastrar por las olas, se duerme con manta, se toman chiquitos y se pasea largamente por las tardes bajo los tamarindos de las avenidas. Dejaba atrás las playas soleadas de la Costa Dorada y los pueblecitos de pescadores de la Costa Brava, hoy invadidos por una sociedad internacional y sofisticada, en la que se funden los veraneantes españoles.

Desde Salou, por Tarragona y Valls, me dirigí a Lérida, atravesando las ásperas tierras de la Conca de Barberá, donde se encuentra el Monasterio de Poblet y los renombrados balnearios de Las Masías, lugar tranquilo donde, como en todos los balnearios, el veraneo se confunde con la convalecencia. Lérida es ya, con sus grandes realizaciones agrícolas, una ciudad espléndida, encastillada junto al Segre. De Lérida a Zaragoza crucé el puerto de Fraga, deteniéndome a comprar fruta en un puesto de la carretera, y luego la lástima nacional de Los Monegros.

ZARAGOZA: VACACIONES FLUVIALES

Vista desde Barcelona o Madrid, Zaragoza se consideró siempre como una ciudad de paso. Los viajeros que pasaban en tren aprovechaban los cinco minutos de parada para comprar un bocadillo de jamón envuelto en papel fino o para tomar de prisa y corriendo el clásico café con leche, ya mezclado, que les servía el camarero en la gran mesa de mármol. Para los que pasaban en coche, meterse en Zaragoza significaba entrar en un laberinto en el que se perdía más de media hora. Las cosas han ido cambiando posteriormente. En el tiempo en que la Fonda de la estación se convirtió en Cafetería, se construyó también una carretera de circunvalación que alligera el viaje de los que no tienen tiempo de detenerse. Por otra parte, aquella ciudad triste se fue convirtiendo en una capital de gran importancia, con más de medio millón de habitantes, que tiene a su alrededor una zona agrícola muy desarrollada y una industria de cierto peso específico. Anduve por Zaragoza un poco a la deriva, desde la antigua calle Alfonso, donde se encuentra el comercio de mayor tradición de la ciudad, hasta la nueva Gran Vía, el paseo Pamplona y la plaza Paraíso, y me paseé después por el Parque Primó de Rivera, uno de los más amplios y bonitos que he visto. Desde la Zaragoza provinciana de las tiendas de imaginaria religiosa, de los comercios de Efectos Militares que llevan el pomposo nom-

bre de «La Fama», o de los almacenes «El Ciclón»; de las confiterías donde se venden esos horribles caramelos de a kilo, que allí llaman los **adoquines**, envueltos en un papel con la Virgen del Pilar y que llevan por dentro una cuarteta tan primitiva y prosaica como aquella de «Tienes orejas de burro, — y cabeza de sandía — y las patas de alifante — ¡rítrate cualquier día», hasta la Zaragoza moderna que yo he visto, la distancia es considerable. Aragón, y más todavía Zaragoza, han sufrido en nuestra época más que ninguna otra región o ciudad española los estragos del tópico racial y nacionalista. En este país desconocido en que vivimos es importante que un zaragozano ilustrado nos explique algo más de esta ciudad, varias veces heroica, que tiene en sus calles y en sus plazas nada menos que cuatro estatuas de Agustina de Aragón. Paseando por las calles de Zaragoza, el otro día, con mi compañero del «Heraldo de Aragón», Miguel Bruned, recordábamnos a un historiador catalán, Jaime Vicens Vives, en cuyas obras se percibe una intuición muy profunda acerca del papel que Aragón y Zaragoza pueden tener en el equilibrio de lo que él llama «los pueblos hispánicos» y en el entendimiento definitivo de Castilla y Cataluña. Pero yo no venía a eso, le dije a mi amigo, y me llevó a la calle de los Mártires y a la calle de la Libertad a comer pinchos y a tomar cariñena, y luego me acompañó a ver lo que yo buscaba, que era el veraneo de los no veraneantes en el río Ebro.

Zaragoza está mal de piscinas. Las que hay son caras o están reservadas a los socios. El zaragozano que no está en Salou durante el verano —o que no ha ido a San Sebastián a pasar unos días— se cuece en la marmita de la ciudad de Los Sitios. Los más valientes se aventuran a bañarse en el Gállego, o en el Ebro, donde todos los años se producen accidentes mortales. El Gállego, según me dijeron, tiene corrientes de diversas temperaturas; unas, templadas; otras, muy frías, que causan frecuentes cortes de digestión en los bañistas. El Ebro, aunque somero y manso en algunas zonas, tiene otras fosas profundas, como la que se conoce por el nombre de Pozo de San Lázaro, cuya salida no ha podido encontrarse ni siquiera con los modernos sistemas de inmersión. La Playa de Zaragoza, proyectada en un lugar adecuado del curso del río Ebro, parece ser una necesidad urgente para esta ciudad populosa, de cuya verdadera importancia apenas hemos empezado a darnos cuenta.

«NOSOTROS VERANEAMOS EN SAN SEBASTIÁN»

Sali al otro día de Zaragoza, siguiendo el curso de nuestro más reputado río, por Tudela arriba, hacia Pamplona y San Sebastián, cruzando el puerto de Aziproz. Donostia —así se llama— es, como ciudad, la más perfecta que existe en España. Ninguna otra la supera en belleza urbanística, en emplazamiento y en la proporción exquisita de mar y montaña que la circun-

(Pasa a la página 37.)





EL VERANEO EN EL NORTE



A la izquierda, el mirador de «La Perla», en la Concha, la playa popular de San Sebastián; abajo: los madrugadores que buscan la soledad cuando los otros veraneantes todavía duermen o desayunan. Arriba: la comida, una baza fuerte en el veraneo norteño. En las otras fotos: Ondarreta, la playa aristocrática y puritana.





La Concha durante la noche; al fondo, el antiguo Casino, hoy Ayuntamiento, y detrás, el monte Urgull, con el Sagrado Corazón. A la izquierda, la playa de Salinas, en Asturias, donde veranea la burguesía ovetense. A la derecha, Gijón, un centro de veraneo popular; Jovellanos, un indigena ilustre, habló ya hace siglo y medio del efecto salutifero de los baños de mar.

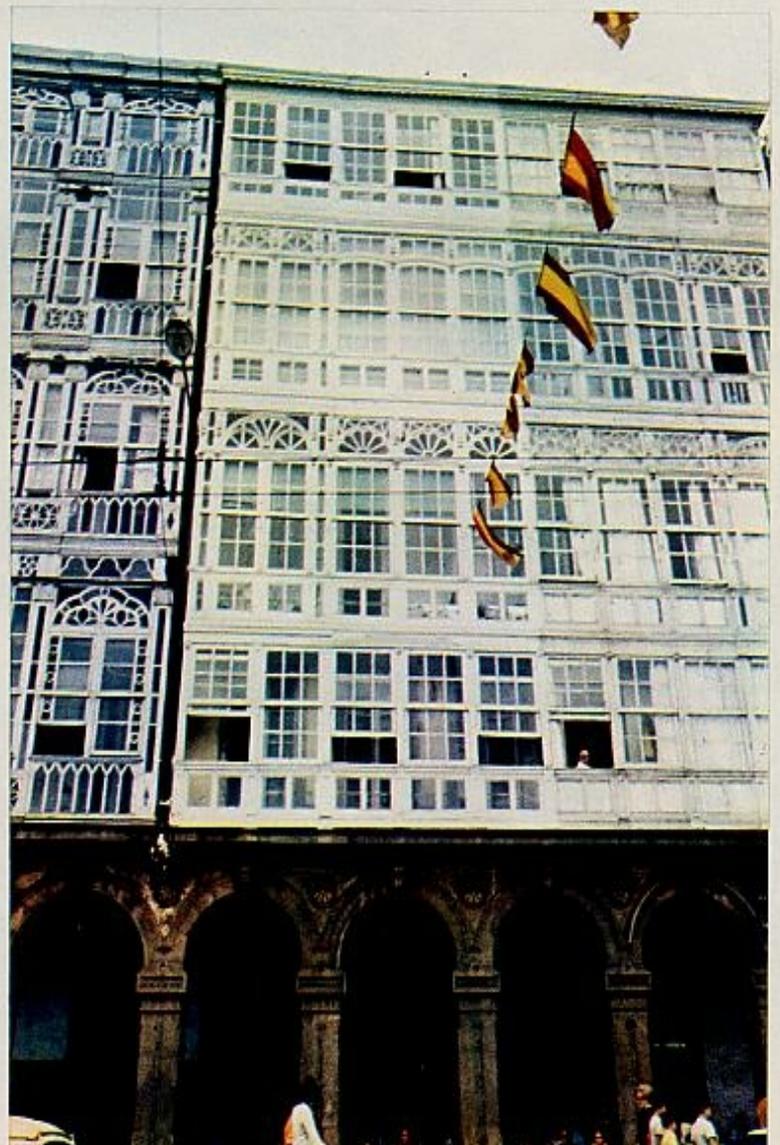
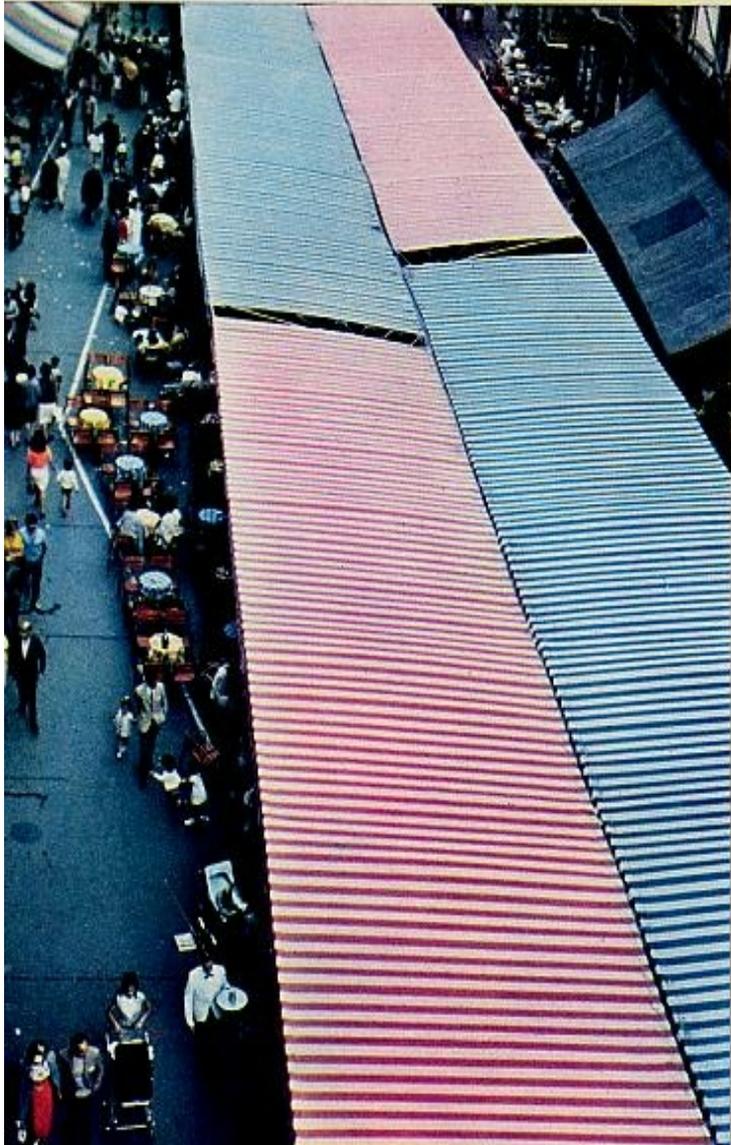
EL VERANEO EN EL NORTE





La calle Corrida, en Gijón, cubierta con toldos de rayas que protegen las grandes terrazas de los cafés. La ciudad provinciana, engrosada por los veraneantes, toma allí su refrigerio de medianoche.

Riazor, a la derecha, es una de las dos playas de La Coruña, una ciudad blanca con las fachadas de las casas cubiertas de galerías acristaladas. La otra, más distinguida, es Santa Cristina.



EL VERANEO EN EL NORTE



(Viene de la página 30)

da. La bahía de la Concha, cerrada casi por la isla de Santa Clara, es como un lago apacible en la fiereza del Mar Cantábrico. El monte Igueldo y el monte Urgull, el uno con el castillo en la cumbre, el otro con un Sagrado Corazón de escaso valor artístico, enmarcan el espléndido anfiteatro. San Sebastián se nos aparece a primera vista como un estupendo decorado para una pieza teatral de fines del diecinueve, principios del veinte: joven enamorado, señorita soltera con niño y un amante desesperado que despilfarrará su fortu-

na jugando en el Casino de la ciudad, el despampanante edificio que se levanta en uno de los extremos de la Concha, hoy convertido en Ayuntamiento. Tal es el efecto que produce, al menos, la fila de hoteles y villas que bordean la famosa playa.

Llegué a San Sebastián un domingo de finales de julio. Serían las diez cuando me detuve ante uno de los cafés de la Avenida España, donde había quedado con mi compañero, el fotógrafo Martínez Parra. No había todavía mucho tráfico ni demasiada gente por la calle. En la vecina catedral del Buen Pastor, que se veía desde el cruce de Loyola, entra-

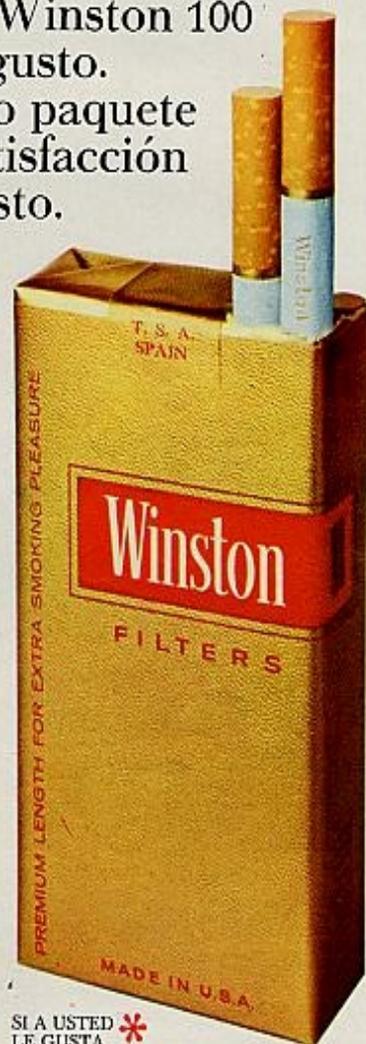
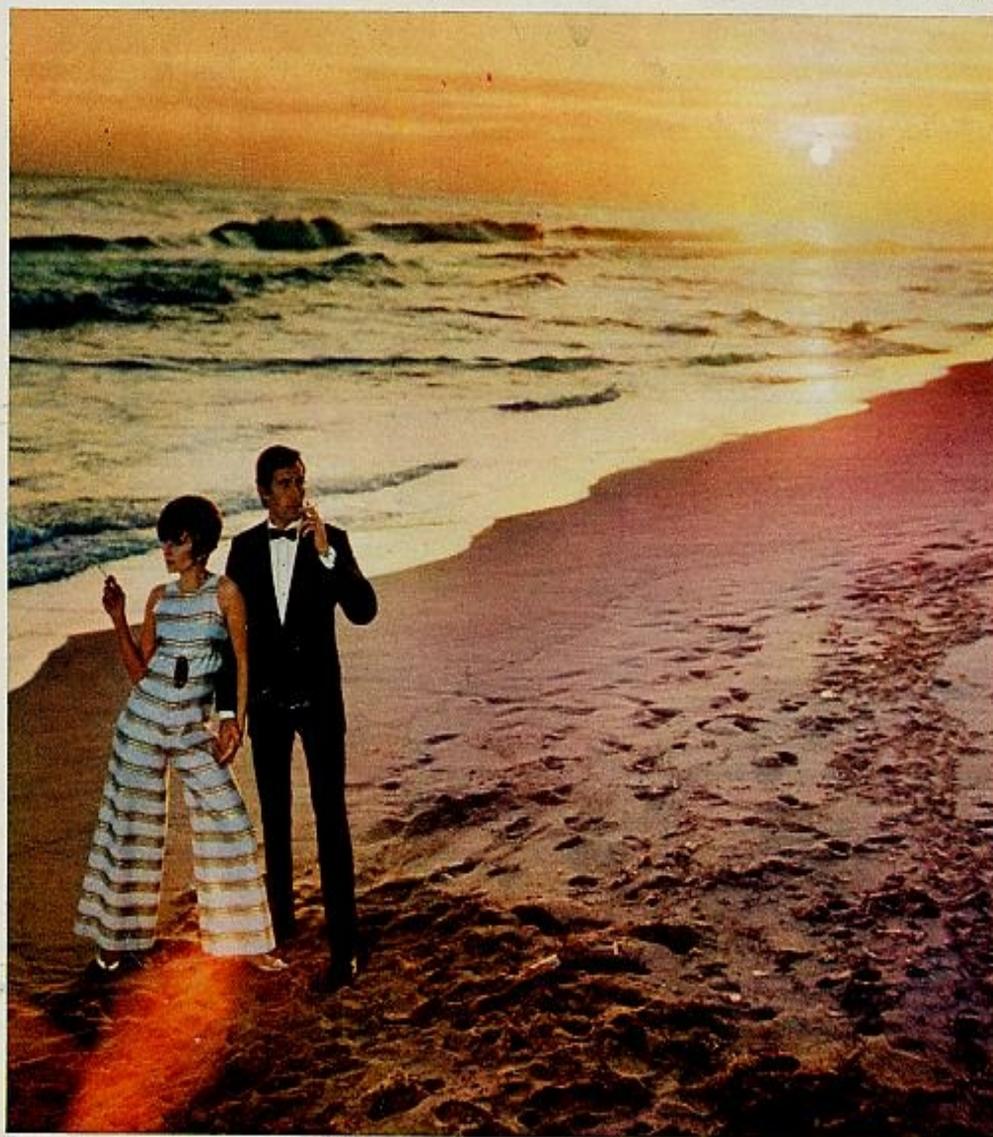
ban las familias con los bolsos de playa. Hacía un sol espléndido y un fresco agradable. En la Concha se veía a mucha gente. La camarera del café, viendo nuestro aire periodístico, nos repriminaba diciendo: «Luego nos ponen ustedes verdes diciendo que aquí siempre llueve». Tenía razón. Hemos convertido la lluvia de las playas del Norte en un tópico. Mi compañero, el periodista Alonso Ibarrola, se enfadó casi conmigo porque, mientras él me hablaba de San Sebastián, poco antes de salir yo de viaje, le interrumpí para preguntarle: «Oye, ¿y a qué hora es

el chirimirí?». No. Durante los meses de julio y agosto los días son claros y a veces calurosos. Normalmente, se puede ir a la playa todos los días, pero puede suceder que llueva de pronto, impensadamente. También puede suceder que se pase uno un par de días sin bañarse. Sí. Forma parte del encanto del veraneo en el Norte, un veraneo fresco, medicinal, un poco antiguo y, sobre todo, un veraneo decente, sí, enormemente decente.

¿Es San Sebastián una ciudad puritana? Lo parece al menos. Wenceslao Fernández Flórez,

buen gusto con winston superlargo

Winston 100 superlargo es un cigarrillo de mundo. En ese ambiente elegante donde usted se mueve, Winston 100 superlargo es un detalle más de buen gusto. Winston 100 superlargo distingue por su lujoso paquete (que es su mejor pitillera) y prolonga la satisfacción de fumar. Winston, un detalle más de buen gusto.



SI A USTED *
LE GUSTA
"MÁS CORTO",
LE RECOMENDAMOS
WINSTON EN SU
FAMOSO PAQUETE
KOJO Y BLANCO

EL VERANEO EN EL NORTE

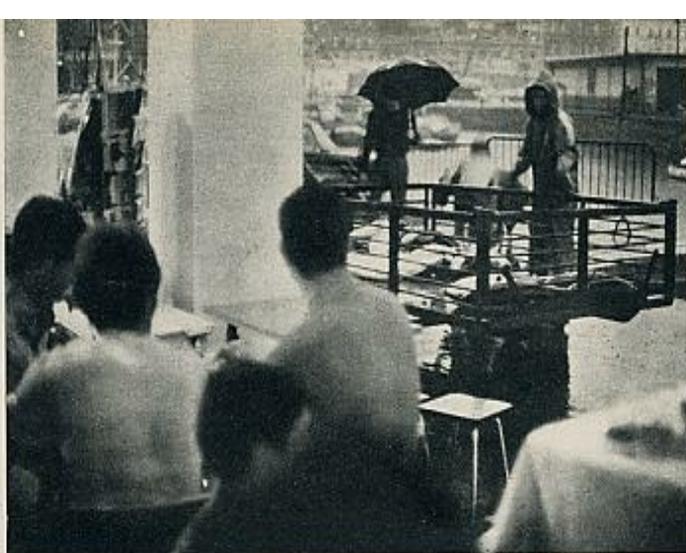
cuando estuvo en San Sebastián, escribió que era necesario marcharse a Biarritz para ver muslos. En su época esa visión era todavía un deleite selecto. Ahora parece necesario marcharse a Biarritz para ver bikinis. En efecto, apenas se ven bikinis en las playas del Norte. Las mismas mujeres que en Benidorm o en Marbella se pondrían el bikini para no llamar la atención o, como me decía una señora que encontré en Alicante y que trataba de justificar que sus hijas llevaran bikini, «porque de esa forma se secan mejor los estómagos», se ponen en San Sebastián el tradicional bañador que oculta el vientre y las caderas. Las señoras mayores chapotean descalzas en la orilla, levantándose un poco el borde del vestido; y en la playa de Ondarreta, continuación de la Concha por el lado del Igueldo, nos encontramos a cada paso con elegantes caballeros, vestidos de gris oscuro, con corbata y sombrero, sentados en sillones bajo los toldos de lona. Yo no sé lo que habrá detrás del aparente puritanismo de esta ciudad, en la que se ve a las chicas paseando en grupitos y a los jóvenes tomando chiquitos en las tabernas, en la que las señoras toman el té y los hombres se dan banquetazos en las Sociedades Gastronómicas, prohibidas a las mujeres. No sé. Los vascos son muy especiales.

Por la noche fuimos al puerto a comer pescado y luego a lo que se llama allí la Parte Vieja, al pie del monte Urgull. Donostia parece un pueblo de pescadores. Tiene también un par de iglesias de considerable valor arquitectónico. Pero es en la Parte Vieja donde están ahora los bares del chiquiteo, los mesones, restaurantes típicos y las Sociedades Gastronómicas de que hablaba antes, en las que cada socio tiene su llave y derecho a cocinar por sí mismo si quiere. En San Sebastián hay poquitas salas de fiestas o cabarets. Da la sensación de que la gente se divierte comiendo y bebiendo.

De mis paseos por San Sebastián, durante los dos días que allí estuve, saqué una conclusión que creo válida. La enorme vitalidad de la lengua vascoence. Nos hemos acostumbrado a la idea de que el vascoence se habla solamente en las aldeas. No es cierto. En San Sebastián se habla mucho. Es una lengua popular que la burguesía madrileña de la ciudad ha olvidado, pero que se conserva totalmente viva. Algu-

nos periódicos publican artículos en vascoence. Lo que ocurre es que no es una lengua socialmente acreditada y su difusión está de alguna manera ligada a otras cuestiones de carácter social y económico. Como no es una lengua literariamente desarrollada, se habla con una abundante mezcla de castellanismos. Al hablar el castellano algunos vascos pueden llegar a ser tan pintorescos como lo son sus correspondientes catalanes. Aquí, como en Cataluña, si la gente supiera hablar y escribir correctamente su propio idioma, hablaría mejor el castellano. Todavía resuenan en mis oídos los giros vascos: «ya me gustaría», «igual voy esta tarde», «le he visto a Charo». Una de las cosas más características en ciertos casos es la supresión del artículo. Le pregunté a una señora dónde estaba una cierta calle, y me contestó: «Está detrás de Catedral».

San Sebastián da la impresión de ser una ciudad organizada, donde todo el mundo tiene asignado su puesto. Se parece un poco en esto a Barcelona. Tengo un amigo, barcelonés, que hasta que, con grandes esfuerzos por parte de su familia, consiguió ingresar en la Universidad no se atrevió a pisar el Paseo de Gracia. Madrid es distinto. Impera en Madrid un demócratismo de boquilla que es el resultado de haberles perdido el respeto a los duques, marqueses y barones de la chundarata valleinclinésca a fuerza de encontrárselos en la verbena. En San Sebastián todo parece más estratificado. En la playa se nota muy bien. La Concha parece ser una playa eminentemente popular. Ondarreta, en cambio, que está a continuación de la Concha y separada de ella por un pequeño promontorio, es indudablemente una playa de clase alta. Yo mismo tuve ocasión de comprobar que los servicios de playa, como cabinas y toldos, costaban lo mismo en una que en otra. La selección se hace de una manera automática. Ondarreta está presidida por una estatua de la Reina María Cristina, que fue quien, en 1887, eligió a San Sebastián como sede de su veraneo, y rodeada de chalets y villas señoriales. En la ladera del monte está la llamada torre de Satrústegui, en la cual, en los tiempos clásicos del veraneo en el Norte, se veía ondear una sábana blanca todos los días a las doce en punto. Con ello pretendían sus moradores avisar a su familia para que subie-



El veraneo en el Norte tiene, a veces, un contrapunto lluvioso que le da un carácter peculiar y un matiz diferente al resto del veraneo español.

ra a comer, pero se había convertido en el reloj de la playa. Hoy se pasea por la arena de Ondarreta, entre las casetas de lona, un guardia municipal vestido de blanco. Bajo los toldos listados en verde o en rojo puede verse a las familias. Señoras haciendo ganchillo, caballeros descansando en este ambiente familiar después de haber pasado días más agitados en las playas del Sur, rostros bancarios y ministeriales, los novios formales, la nodriza con el pequeño, la institutriz inglesa con los niños, la hermana soltera de la señora, el abuelo con su bastón, un muchacho con pinta de ayuda de cámara, las chicas guapas con su pandilla y las señoritas en vinagre, ya entradas en años, postulantes honorarias de todas las colectas, la España rancia y llena de salud que durante el invierno les dice a las visitas, con un hálito de voz y los ojos entornados: «Nosotros vamos al Norte».

GIJÓN: VERANEO DEL PUEBLO ASTURIANO

Salimos de San Sebastián Pedro Antonio Parra y yo con la impresión de haber estado en una ciudad demasiado bonita. Después de San Sebastián, Bilbao causa un tremendo impacto. Bertold Brecht dijo de ella: «Am schönsten in den ganzen Kontinent» («La más hermosa de todo el continente»). Nos detuvimos durante media hora en el Arenal a escuchar a la Banda que tocaba en el quiosco una partitura de Guridi y nos asomamos a ver las aguas turbias del Nervión. Tomamos después un café en el salón inmenso y barroco del Café Arriaga rodeados de hombres con boina y seguimos viaje a Santander.

No me pareció Santander una ciudad de provincias. Tal vez fuera por el Palacio de la Magdalena o por la esplendor del Sardinero, con su Casino y sus

jardines en el gran mirador que domina las playas, o acaso por su espacioso ámbito, lo cierto es que no se adaptaba a mi esquema de la ciudad provinciana española. Puerto de Castilla, es pieza fundamental para ella y lo será todavía más en el futuro. En la capital marítima de la región menos favorecida por el centralismo español parecía haber fijado su veraneo la clase media castellana. Desde antiguo ha venido existiendo lo que en tiempo se llamó «el veraneo del botijo», organizado por primitivos agentes de viajes que metían a la gente en un tren y les daban un botijo para beber durante la noche. El veraneo actual, por lo que pude ver en las pocas horas que estuve allí, está impregnado de cierto señoritismo fardón y pera, traído de las tierras de pan llevar por los niños bonitos de la naciente burguesía media. Por otro lado, Santander tiene un aire internacional de tono universitario y progresista, surgido alrededor de sus famosos cursos de verano.

De Santander fuimos a Oviedo. Nada más llegar me encontré con un Teatro Campoamor, una calle Pelayo, una calle Palacio Valdés y una calle Melquiades Álvarez, y pensé: esto debe de ser. Pueden suprimir si quieren el cartel que pone: OVIEDO. Leopoldo Alas no estaba. Lo encontré después en una calleja abandonada. Visité el barrio antiguo y la catedral, donde se guarda la Cruz de don Pelayo. Luego fui al Fontán, el mercado de Pilares del «Tigre Juan» de Pérez de Ayala, cuya plaza está «formada por un ruedo de casucas corcovadas, caducas, seniles». En la tertulia del Kopin me encontré a un amigo mío, Ladislao de Arriba, más conocido por Juan de Azcona, quien se ofreció a acompañarme a Gijón al día siguiente.

La burguesía ovetense, junto con una nutrida representación de gente de Madrid, va a la

EL VERANEO EN EL NORTE

playa de Salinas. Las señoras con los niños se quedan en la playa los dos meses del verano mientras el marido trabaja en su comercio de la Vetusta clariniana y por la noche, para matar el tiempo, se da una vuelta por un cabaret que se conoce con el singular nombre de Los Monumentos porque se encuentra en el monte Naranco, cerca de los maravillosos templos del románico asturiano. Pero mucho más que este veraneo señorial, entorpecido ahora por los humos que el viento trae de la vecina ciudad de Avilés, me interesó el veraneo popular de Gijón. Juan de Azcona, que es periodista y comentarista de radio, me lo explicó muy bien, no sin antes haberme ofrecido una conferencia ilustrada sobre la gastronomía asturiana. He ahí una cosa admirable. No es ya la «fabada» de todo el mundo conocida, sino otros platos como las «fabes con almejas», las «fabines pintas con huevos cocidos», la «tortilla de merluza» y la «chopa a la sidra». Fuimos por la noche a una taberna junto con otro amigo gijonés, José Ramón Ibaseta, y me dieron a probar el jamón asado con fórmula secreta. Tomamos vino de la tierra de León, un poco ácido, porque, al parecer, la sidra es una bebida que está en decadencia. Entre estos dos amigos me dieron una clase particular de «playu», dialecto gijonés diferenciado del «bable», que es la lengua primitiva y decadente de Asturias. He aprendido bastante. «Tomar la pocera», es tomar el sol; «Pegar un pigazu», es echar un sueñecito; cuando uno es muy petulante le llaman en Gijón «un babayu». El «playu» tiene, además, una característica muy curiosa. Todo o casi todo se suele decir en aumentativo o en diminutivo. La fórmula es tan secreta como la del jamón asado. A mí me falta práctica. A una iglesia relativamente pequeña que hay en Gijón la llaman «la iglesiona». A una de las escaleras que conducen a la playa, «la escalerona»; a una zona de la costa que tiene una playa muy bonita la llaman «el rincón», y a un sótano que tiene mi amigo con una exposición de gallos de artesanía, «el sotánin». Hacer fanfarronadas se dice «hacer el grandón», y en un bar famoso había un cartel que decía: «Se prohíbe blasfemar, cantar y hacer el grandón».

Lo más famoso que tiene Gijón es el haber nacido allí don Gaspar Melchor de Jovellanos,

de quien mucha gente, al ver la estatua, cree que era cura. Jovellanos se adelantó en todos los aspectos a su época. Tan se adelantó que fue el primero que se atrevió a andar descalzo en la playa al borde del agua y que encareció el saludable efecto de los baños. Los de Oviedo decían de él, por este motivo, que era un marrano. Jovellanos tiene en la parte alta de la ciudad, Cimadevilla, su casa señorial. Mandó plantar en su jardín tantos árboles de diferentes especies cuantas letras tenía su nombre, diez. Manos inoportunas los arrancaron, pero su casa puede verse todavía, presidiendo el espíritu ilustrado de esta ciudad con idioma propio.

El veraneo de Gijón está enormemente influenciado por la ejemplaridad de Jovellanos en lo que se refiere al efecto salutífero de los baños de mar. Los campesinos asturianos y leoneses venían a Gijón para tomar los baños medicinales durante nueve días consecutivos. Se bañaban en todos los casos, hiciera calor o frío, lloviera o no. Al salir del agua se envolvían en una gran sábana blanca, y aún en nuestros días, en idioma «playu», el veraneo de los pobres se sigue llamando «el veraneo del sábanu». Allí se les ve, comiendo en la playa o en las explanadas contiguas, con sus trajes de baño ligeramente antiguos, la gran fabada ritual. Campesinos del interior de Asturias o de las vecinas provincias, familias de los barrios trabajadores de las ciudades, mineros de las cuencas del Nalón o del Caudal cargados con problemas económicos y silicosis. El cierre de muchas de las explotaciones de la decadente minería del carbón ha llevado a la ciudad a un gran

número de trabajadores de las minas. Algunos de ellos, con la indemnización que obtuvieron, compraron un modesto apartamento en los bloques de reciente construcción. Viven allí en invierno y en verano lo alquilan a los turistas. Ellos también invirtieron sus recursos en esta moderna y cegadora industria.

Por la noche mis amigos me llevaron al lugar de la ciudad donde se reúne toda la gente acomodada de Gijón. La calle Corrida. No he visto nunca en España una cosa parecida. La calle entera está cubierta con toldos de lona roja o azul a rayas cubriendo y protegiendo del rocío de la noche las grandes terrazas de los cafés. Queda apenas a ambos lados un paso libre para la gente que llega o se marcha. La ciudad provinciana, engrosada por los veraneantes, toma allí su refrigerio de medianoche. Fuimos después a los bares cantantes de Cimadevilla, donde me dieron a probar una especialidad algo grandona de esta ciudad única: «la leche de pantera», atrevida combinación de leche, ginebra y canela.

Y LA CORUÑA

Tuvimos que salir al día siguiente, para completar nuestro viaje por el Norte, de esta Asturias moderna y a la vez antigua que presencia en nuestros días la lenta decadencia de la burguesía y el surgimiento de la tecnocracia, la crisis del carbón, la persistencia de una agricultura minifundista y la insuficiencia del desarrollo industrial. Nos despidieron nuestros amigos diciéndonos en asturiano: «De aquí a Galicia la costa es muy guapa». Lamentamos mucho tenernos que marchar tan de prisa. Pero la costa era

efectivamente hermosa y el paisaje verde de Asturias, de una insuperable belleza. Pasamos por Luarca, villa en miniatura, con su plaza de Los Pachorros y su quiosquito de música para orquesta de cámara. Desde Castropol, al otro lado del Eo, veíamos el primer pueblo gallego de nuestro viaje, Ribadeo. La falta de puente en esta parte nos obligó a recorrer veinte kilómetros hasta Vegadeo. Luego, pronto, Mondoñedo, las montañas, Villalba, Betanzos y La Coruña. La capital de Galicia es una ciudad blanca, con las fachadas de las casas cubiertas de galerías acristaladas. Encontramos hotel cerca de la calle Real, que es la calle del paseo de los coruñeses. «Santiago reza, Pontevedra duerme, Vigo trabaja y La Coruña se divierte», dice un refrán ya trasnochado. La Coruña es hoy una activa ciudad, con un gran puerto y una importante industria. Encontramos aquí, otra vez, el veraneo del Norte. La playa de Riazor es el veraneo humilde. La de Santa Cristina es más distinguida. Hay en Galicia, tanto en las rías altas como en las bajas, Infinitud de playas agradables. Es un veraneo de preciosos paisajes, casi legendario, de precio reducido en las casas de huéspedes de las aldeas humildes. Galicia, remota y sola, tiene mucho que decir. Haría falta mucho más que estas líneas. Se estaba celebrando la Feria del Libro cuando llegué. Alguien había mandado poner en las paredes de las casetas refranes en idioma castellano. Se vendían, sobre todo, libros en idioma gallego. Una caseta, por su cuenta, puso este cartel: «Os povos somentes son grandes pol-a cultura».

Madrid está a setecientos kilómetros. ■ LUIS CARANDELL.
Fotos: MARTINEZ PARRA.

La vuelta a Madrid.
Y ahora una nueva etapa:
Punta Umbria y la Costa del Sol. Del litoral norteño, al Atlántico onubense y a la costa mediterránea malagueña.



EN EL PROXIMO NUMERO:

VACACIONES A LA ESPAÑA

4

PLAYAS DEL SUR